

# Crítica y autocrítica

Por María Elena Oddone

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1979

*Los bajos presupuestos culturales, educativos y científicos, la precaria situación de docentes y edificios escolares, la deserción de las aulas y el alto costo de libros y materiales de estudio son referencias que obligan a registrar una situación alarmante*

MAS importantes que los triunfos deportivos y militares, los hechos que marcan el paso de un pueblo por la historia son las obras de la cultura. A diferencia de los ya mencionados, los hechos culturales no se pueden improvisar ni decidir a partir de un momento determinado por ciertas circunstancias. Como lo dice su etimología —del latín "cultus", que significa cultivo—, el conjunto de manifestaciones por las que canaliza la cultura tienen su raíz en hechos culturales pasados que luego, enriquecidos por los nuevos aportes, producen el hecho cultural actual. Si se suspende o se traba el proceso evolutivo se pierde continuidad y la tarea de recuperación es lenta y difícil, necesitando mucho tiempo, algunas veces irrecuperable, para alcanzar el nivel de otras culturas que van a la vanguardia.

Nuestro país está pasando por una situación de estancamiento cultural que, analizado, obedece a ciertas causas que lo explicarían como hecho negativo, pero que no lo justifican. Una de ellas es el factor económico, que si bien es importantísimo, no es determinante. Este diario ha señalado repetidamente los bajísimos presupuestos destinados a Cultura y Educación, así como a la in-

vestigación científica. El mal no es nuevo, pero eso no exime de responsabilidad a quien le cabe.

La pobreza de los docentes, la desaparición sin reposición de establecimientos escolares con la justificación del progreso —me refiero a las autopistas— y las escuelas en ruinas atendidas por heroicos maestros son características de nuestro tradicional estilo de vida, que no por ser tradicional es irreprochable.

El alto costo de los libros y materiales de estudio hace que el derecho constitucional a la educación y a la capacitación sea reservado a un grupo cada vez más reducido de niños y jóvenes. La prueba estadística de esta realidad está en los índices de deserción escolar. ¿Qué Argentina será la del próximo siglo si los adultos de entonces son los niños que hoy no pueden ir a la escuela? Nadie duda de que las reservas monetarias del país son importantes, ¿y las culturales, no?

Si el momento de recuperación económica exige el esfuerzo de todos, ¿cómo se explica que ese esfuerzo no tengan que hacerlo los trabajadores del deporte y los que, sin ser trabajadores, viven de él? Las exigencias de estas personas son satisfechas de inmediato, dada la importancia des-

medida que se da al espectáculo deportivo.

Los gastos que nos ha demandado a todos el Mundial son justificados por el hecho de que se nos ha conocido más en todo el mundo. ¿No sería mejor que se nos conociera por lo que pensamos?

El estímulo exagerado al deporte y las sumas siderales con que éste se mueve obligan a pensar en un paralelo con la precariedad de los medios destinados a la cultura. El deporte no es cultura: no mejora la calidad de la vida de la sociedad. La cultura enriquece espiritualmente y es el motor del progreso.

## El mayor daño

Este desequilibrio cultura-deporte evidencia una política peligrosa. La complejidad del ser humano necesita de la satisfacción de su afección espiritual, tanto o más que el pan y el circo. Las consecuencias del estancamiento de la cultura son más graves a medida que pasa el tiempo, de ahí que la represión de la vida intelectual es el daño más importante que se puede hacer con un pueblo.

Esta peligrosa política se hace patente en las pautas que rigen las expresiones de la cultura. Esas pautas

en las que debe encuadrarse toda actividad de este tipo se refieren a los grandes temas, a los problemas más importantes que abruma al hombre (mujer y varón) en la sociedad contemporánea.

A través del arte en todas sus formas, la literatura, el cine, el teatro, la TV y otras manifestaciones, el ser humano expresa sus conflictos. Negarle esa expansión es pretender que los problemas no existen y que en la sociedad nada cambia y todo sigue igual. Esta forma de pensar es peligrosa porque parte de esas dos premisas falsas.

Sabemos por experiencia propia que la vida se halla en constante cambio y que nunca permanece igual. Esa propiedad de movimiento tiende a romper el statu quo y a superarlo. Con la sociedad pasa lo mismo. Nunca es estática. Si no crece, decae. Si no trasciende hacia lo mejor, se desvía hacia lo peor. Desde el momento en que se estanca, comienza a desaparecer.

Poner límites a la creatividad es privar de vida a la vida, reemplazar la imaginación por la rutina, es asfixiar la inventiva, es destruir en lugar de construir. El temor patológico a tratar temas considerados como espinosos, obedece a la intención de

suprimir toda discusión que pueda sugerir cambios en nuestra manera de pensar, de sentir y de vivir, y toda crítica a las instituciones y a los responsables de éstas.

Es irreal exigir a un pueblo calzar dentro de un modelo, como un estereotipo rígido, pasando por alto nuestra individualidad y el derecho a elegir el modo de vida que más nos haga felices.

Es una creencia errónea pensar en que las instituciones son perfectas y no perfectibles. Es la misma rigidez de quienes sostienen que cambio significa decadencia, libertad es igual a libertinaje, alegría de vivir igual a irresponsabilidad y perversión. Ciertos énfasis obsesivos impiden que los problemas humanos del grupo familiar sean discutidos y resueltos.

La familia actual no necesita ser aislada en una torre dentro del mundo convulsionado en que vivimos. Su posición es hoy más firme que nunca, pese a las presiones que recibe. Eso se debe a que constituye el único lugar donde la gente puede permitirse las emociones en medio de una sociedad deshumanizada. No se vislumbra que esto cambie, por lo tanto todo temor sobre su supervivencia carece de fundamento. La crítica a las instituciones no significa la intención

de destruirlas, sino el deseo de modificarlas de acuerdo a las necesidades humanas y a la modernidad de los tiempos.

Crítica al Estado por la asfixia de la cultura no es discutirle el derecho a proteger a la sociedad que gobierna de los excesos en que ésta puede caer. Tampoco es sostener que en el terreno de la creatividad todo está permitido. Se trata, en cambio, de conocer los límites en los que ese derecho se transforma en paternalismo autoritario y de exigir el que nos cabe a la libertad de expresión.

Por la crítica y la autocrítica, gobernantes y gobernados crecemos, cambiamos e "internalizamos" esos cambios, única manera de que las circunstancias nuevas de la evolución natural no tengan consecuencias catastróficas. A eso se refiere el mexicano Octavio Paz cuando dice: "A los rusos les costó sangre su industrialización, pero como la crítica entre ellos es inexistente, su modernidad es parcial, incompleta".

La asfixia de la cultura es falta de confianza y de fe. Sabemos que la fe en la humanidad sin fe en el ser humano conduce históricamente a los resultados trágicos de la Inquisición, al terror de Robespierre y a la dictadura de Lenin. ☐